

ACOGER LA PALABRA PARA
CUIDARLA JUNTOS;
NUEVOS IMPULSOS PARA ENTENDER
A MARÍA COMO MADRE DE LA
ESCUCHA

P. Bruno Secondin, O. Carm.

El P. Bruno Secondin (1940), italiano, de la Orden Carmelitana, estudió en Roma, en Alemania y en Jerusalén. Es Doctor en Teología y profesor de Teología espiritual en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

Es miembro de varias asociaciones teológicas e internacionales. Colaboró como teólogo experto en el documento de trabajo del Congreso del 2004. Contribuye con conferencias y artículos sobre temas de espiritualidad, de pastoral y de vida consagrada.

Ha escrito más de veinte libros, traducidos en varias lenguas.

Original en italiano

Benedicto XVI escribió en su primera encíclica : “El Magnificat está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios”. (*Deus Caritas est*, 41).

El Papa Benedicto XVI sabe, como también lo sabemos todos nosotros, que el *Magnificat* es la expresión orante y doxológica no sólo de lo que María había experimentado en aquel momento y en toda su vida, sino también de la simbiosis entre ella y la comunidad de los creyentes. Es decir, este magnífico canto es como un bordado realizado por múltiples manos, expresando el regocijo de una multitud de creyentes, como eco de múltiples sonidos que se han combinado. María, en su vida y en su aventura de gracia, es la más digna de pronunciarlo, está en consonancia con la teología experiencial que ahí se refleja, es la voz de toda la Iglesia que en el Cántico mismo se identifica.

Porque una composición tan refinada de los miles de ecos bíblicos, de las imaginaciones tan sugestivas y eficaces, de los horizontes tan amplios, y a la vez tan próximos al lenguaje, a la terminología, al ritmo de la doxología de todas las Escrituras, es fruto personal y colectivo; resuena en el corazón y en

el alma femenina de María, de manera única, y como un trueno, en la moral de todo el pueblo de los hijos de Abraham y de los redimidos por el nuevo Adán.

Ciertamente Lucas ha utilizado su habilidad literaria en aquellas palabras, pero también la distancia entre el acontecimiento inicial y la composición material del texto ha hecho posible unir las emociones iniciales y las dudas de una vivencia personal y colectiva. Éstas se han canalizado en el texto y en los ecos, llegando a ser verdaderamente un canto de nostalgia y de esperanza, e igualmente respuesta orante y doxológica para todo cuanto desde ahora se ha realizado y ha tomado forma plena y definitiva. De hecho, en el texto son evidentes tanto las raíces de la primera alianza como la verdad de la nueva Alianza en sus núcleos más auténticos.

1. De la parábola del sembrador según Lucas

Comenzaré por un tema amplio. Todos conocemos la parábola del sembrador: los tres sinópticos la narran con sus propios matices (Cf. Mt 13,1-9,18-23; Mc 4,1-20; Lc 8,4-15). Pero también la colocan según las exigencias diferentes de la estructura propia de cada Evangelio. Quisiera detenerme en la redacción lucana y hacer notar una especulación que hace Lucas (Lc 8,4-15)¹.

Lucas coloca esta parábola en un contexto muy especial, no casual; antes de narrarla, el evangelista recuerda que en torno a Jesús había hombres y mujeres que lo seguían, compartiendo con él sus viajes, predicaciones y preocupaciones (Lc 8,1-3). Por eso la primera premisa de la parábola – a diferencia de los otros dos sinópticos, Marcos y Mateo – es que existe un discipulado mixto, compuesto por hombres y mujeres, y son ellos los destinatarios más inmediatos de la parábola, y deberían ser la manifestación visible de la *fructificación* de la semilla lanzada por el sembrador. Ciertamente está también “la gran muchedumbre que venía” (Lc 8,4), pero es una forma estereotipada utilizada para crear el contexto. Quienes son verdaderamente los primeros y directos destinatarios del sentido propio de la parábola son ellos, los discípulos y las discípulas.

Y después de haber propuesto la parábola, Jesús la explica, y todos conocemos cuál es la explicación. Sin embargo notamos en Lucas la ausencia, al final, de los porcentajes (ciento, sesenta, treinta) y la expresión más genérica “dan fruto en la perseverancia (*karpoforoùsin en hypomonè*), que sugiere menos la eficiencia que la sensibilidad y la calidad. Y Lucas concluye mencionando de nuevo a personas particulares; en este caso específico, la presencia de la madre y de los hermanos que están buscando contactarlo, pero no lo logran; “estaban afuera” (*exo stèkontes*) dice Marcos (Mc 3,31; Cf. Mt 12,46).

La escena quiere evocar el ajetreo de la multitud, pero sobre todo la dificultad, incluso para sus parientes, de comprender verdaderamente la novedad

que proponía Jesús. Juan alude también a ello diciendo que tampoco los suyos lo comprendían y creían (Cf. Jn 7,3-6). Ahora bien, la respuesta de Jesús a quienes le comunicaron que los parientes lo estaban buscando, -y quizá también le sugirieron que se moderara, dado todo el alboroto-, fue ésta: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra (*o logos*) de Dios y la cumplen” (Lc 8,21).

Esta respuesta es drástica para quienes en verdad pueden formar parte de la familia de Jesús; y como he dicho anteriormente, este pasaje es marco de clausura de la parábola del sembrador y de su explicación. Podemos, sin embargo, entrever también alguna otra cosa. La madre y todos sus hermanos – como también alguno que quiera ser su discípulo, ya sea hombre o mujer–, debe aceptar un camino de escucha y de discipulado, de nueva praxis y de nuevos horizontes, y llevar la propia vida hacia otras relaciones que la regeneren, que consientan una nueva “pertenencia familiar”, una verdadera *identidad* nueva. Y esto se realiza justamente a través de una escucha intensa, obediente, regeneradora de la Palabra del Maestro, sembrada con generosidad; y de una escucha con el corazón “bello y generoso” (*en cardia kalè kai agathè*: Lc 8,15).

Por consiguiente se puede afirmar, con determinación, que estas palabras de Jesús no son una toma de distancia de su parentela, sino una invitación – teniendo presente incluso el marco femenino que abre y cierra el pasaje de la parábola– a hacerse *ventre fecundo* de la Palabra, exactamente como lo experimenta la mujer con la maternidad, y a vigilar con *hypomonè*, o sea con una perseverancia solícita y afectuosa, el desarrollo de esta misteriosa semilla, en una simbiosis que transforma uno al otro y se hace esperanza y ritmo de vida.

Para hablar de cómo acoger la Palabra juntos, a imitación de María, y encarnarla en la vida, se necesita colocar a María en el horizonte señalado por Cristo; ella misma, después de haber recibido al Verbo eterno en una misteriosa gestación operada por el Espíritu Santo, después de haberlo engendrado a la vida humana, es llamada a emprender un itinerario de discipulado, para ser a su vez, discípula del hijo, desde ahora Maestro público reconocido, en plena madurez. Una vida de discípulo que no consiste sólo en la presencia al lado de Jesús, sino también en una regeneración misteriosa del corazón, gracias a la semilla incorruptible de la Palabra nueva, viva y eterna (Cf. 1 P 1,23), a la cual ella misma había dado carne e identidad humana.

Este preludeo nos ayuda a entrar en algunas reflexiones que estoy por hacer, y que no serán completas porque me limito a llegar hasta el umbral de la vida pública de Jesús. Me interesa, sobre todo, volver a encontrar el modo como “La Virgen María sabe observar entorno a sí y vive las urgencias de lo cotidiano... Ella enseña a no permanecer ajenos espectadores de una Palabra de vida, sino a transformarse en participantes, dejándose conducir por el Espíritu Santo que habita en el creyente” (*Lineamenta*, Sínodo 2008, n°12). Y María no

está sola en este ejercicio de custodia y de reflexión. Lo veremos a partir de los textos evangélicos.

2. María de Nazaret, mujer hebrea, ante el anuncio del ángel

No hay duda de que María tenía una identidad hebrea, con todas las implicaciones que esta afirmación comporta; a veces la proclamamos: “Hija de Sión”, y esto se aplica a la estirpe, a las costumbres, a las obligaciones y a las prohibiciones, a la religiosidad y al sentido de identidad. Y en consecuencia, también a la asiduidad, a la escucha y la obediencia a la Palabra. Es inconcebible un hebreo o una hebrea sin una “escucha intensa” de la Palabra.

Lucas no baja a la descripción de los detalles de la vida hebrea de María, pero hay elementos que podemos, con un poco de introspección y sin forzar, subrayar. Y de los cuales hacer emerger las características típicas de una creyente hebrea, cuya fisonomía no sería comprensible fuera de la estructura típica del vivir hebreo, con convicción y no por casualidad.

El hecho de que Lucas parta de la situación de María prometida esposa a José, y no se preocupe por decir una palabra más sobre su infancia, o sobre algún aspecto de su experiencia religiosa en aquel momento, no significa que no tuviera esta cualidad hebrea. Los *apócrifos*, o sea los escritos no canónicos pero radicados en la sensibilidad popular del tiempo, han jugado bien para llenar esta laguna.

Para una persona hebrea que conocía las Escrituras, la frase “no temas”, respondiendo al asombro del protagonista como reacción a una teofanía, es cosa normal. María ciertamente conocía estas historias y era consciente de ello. La *turbación* es la reacción normal de un hebreo delante de un acontecimiento de revelación divina. No es por lo tanto una simple timidez, una sorpresa, un momento de dificultad; en esa turbación prolongada, acompañada de dudas – con sentimientos de temor y estupor– sobre el significado y la finalidad del saludo particular, encontramos la clásica reacción del israelita. Es el sentido de una presencia que domina y llama a una tarea que sobrepasa siempre las perspectivas y los proyectos de la persona. Tanto más en este caso, en el que la expresión el “Señor está contigo” –frase que es también un modelo clásico de acercamiento– es precedida por una especie de definición sorprendente: *kekaritomène*, diremos “impregnada de gracia”, expresión que aparece verdaderamente impropia para una joven de quince años.

Podría ser, también, una expresión cortés, por ejemplo: “cuánto eres graciosa, bella, espléndida”, como dicen algunas tradiciones orientales. Pero en el contexto quiere decir mucho más –como todos sabemos–; más en calidad y sustancia, como lo explicita mejor la repetición que sigue: “has encontrado gracia ante Dios” (Lc 1,30 : *karin parà tò Theò*). Encontrar gracia implica no

solamente complacencia, sino también: has dado alegría, has alegrado el corazón de Dios, a sus ojos y a su corazón tú eres amada y deseada.

La respuesta del ángel podría ser comentada de muchos modos. Sin duda no podía ser comprensible sin una ‘intensa familiaridad con las Escrituras, a las cuales hace muchísimas alusiones, y que a una hebrea que conocía las Escrituras no podían escapar. No intento entrar en este aspecto importante. Quiero más bien proponer una interpretación complementaria de la respuesta de María al Ángel: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?” (Lc 1,34).

3. La esposa-Israel no tiene varón, es estéril

Estas dos frases del Ángel, tanto la primera como la segunda, –retomadas incluso en la anunciación a José (Cf. Mt 1,18-25)– implicaban toda la historia de Israel; ahí se acumulan, de hecho, decenas de pasajes paralelos alusivos. Era el lenguaje de la esperanza, pero también del sufrimiento, por las infidelidades históricas y las faltas graves. La esposa Israel era como si se volviera estéril a causa de sus numerosos pecados, fruto de sus alianzas políticas y culturales con los pueblos vecinos. Ya no tenía la fecundidad del tiempo de la fidelidad; y María parece identificarse con la Hija de Sión, estéril y sin compañero, privada de la alegría de ver por fin un descendiente de David, uno de la casa de Jacob, guiar al pueblo hacia la paz y la santidad.

En esta perspectiva se puede relacionar la profunda turbación de María, su meditación intensa, y también su respuesta, con lo que Jesús dirá de sí mismo –o al menos a lo que aludirá con gestos y actitudes en muchas ocasiones– como *esposo* de Israel. Son muchas las ocasiones en que Jesús retomará, también, la simbología del matrimonio, desarrollada por los profetas, sobre la relación amorosa y conyugal entre Dios e Israel, con las traiciones y las reconciliaciones (Cf. Oseas, Deuteronomio, Ezequiel; y sobre todo el Cantar de los Cantares).

Esta esterilidad, ahora secular, del pueblo entero, María la hace suya; se sumerge en ella, la escucha en su corazón, con el sufrimiento común a todos, y con la esperanza tenaz de los piadosos, como se verá más tarde en Zacarías, Simeón, Ana y tantos otros. Incluso la respuesta, o explicación del ángel, podría ser leída en efecto en la misma perspectiva. La simbología de la sombra del Espíritu, la santidad de Dios que toma forma y visibilidad, la dignidad del Niño que va a nacer, de una manera humanamente imposible, el retiro de una esterilidad (la de Isabel) milagrosamente desatada por intervención divina, son todos esquemas del Antiguo Testamento que resuenan y se relacionan con la preocupación de la “esposa Israel” –María por la infecundidad y la falta de compañero para la intimidad vital.

En la respuesta final de María encontramos, por tanto, no sólo una disponibilidad personal a entregarse enteramente a las exigencias de la Palabra

del ángel, sino también a hacerse cargo, en su totalidad, de la Palabra de Alianza del Padre, para que se cumpliera en ella, en beneficio de todos. Se declara dispuesta, ve su existencia entrelazada de manera única, con lo que conoce y medita de la memoria colectiva, de las esperas, de la esperanza y de la confianza. Aceptando estar al servicio de la Palabra –“que se cumpla en mí según tu palabra / *génoitò moikatà tò remá sou*– manifiesta su disponibilidad para ser el lugar de ese cumplimiento, y también de las esperanzas y promesas antiguas. De hecho *remà* es *palabra-acontecimiento*, en el sentido profundo, y no como vocablo, expresión, sonido, terminología.

Veo una confirmación de esto en el saludo exultante que su prima Isabel le lanza: “Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor”. (Lc 1,45). La frase está colocada al final del cántico de Isabel, en el cual son igualmente evocadas varias simbologías de la presencia del Señor en la historia del pueblo (primeramente el pasaje del Arca del Señor, la alegría por el vientre preñado, la alegría incontenible, el impulso del Espíritu, el elogio entre las mujeres, etc.). Es pues en este contexto donde se interpreta, y no como un elogio personal dirigido únicamente a María.

En este caso María representa al Israel de los piadosos y de los justos que han creído en la fidelidad de Dios, no obstante la oscuridad y la espera angustiada; ella es la esposa fecundada, la amada del “amor eterno” (Is 54,8), ya no más repudiada. Isabel es la intérprete de esta certeza, que Dios sería fiel a su pueblo; en María ve y reconoce que esta fidelidad se ha convertido en don para todos; y en la disponibilidad de María, la respuesta en beneficio de todos.

Sólo dos mujeres que habían creído, meditado y vivido el *fil rouge* de la Escritura, es decir que habían escuchado, amado, que se habían identificado con la antigua promesa, de la cual estaba impregnada la Palabra transmitida de generación en generación, podían ver esta unidad, podían ir más allá de una alegría personal, no obstante legítima e íntima.

4. Un pueblo de exegetas: María *confronta* en su corazón, junto con su pueblo

El acontecimiento del nacimiento, en el tiempo, del Hijo del Altísimo lo meditamos siempre con corazón atónito y contemplativo. A cada uno le llegan, y gusta en el corazón, muchos aspectos que merecerían comentarios y observaciones –y los siglos han producido tantos– porque los acontecimientos son “gracia tras gracia”, como dice Juan (Cf. Jn 1,16). Yo me limito a comentar, en la línea seguida hasta este momento, subrayando algunos puntos, el estilo silencioso y meditativo de María en todos los acontecimientos de la *infancia* de Jesús.

Lucas anota, dos veces, que María meditaba y buscaba interpretar los

acontecimientos. Después de la visita de los pastores se dice: “María guardaba todas estas cosas (*synetèrei ta remata symbàllousa en tè kardìa*) y las meditaba en su corazón” (Lc 2,19); y después del hallazgo de Jesús en el templo se dice: “Su madre conservaba todas las cosas (*dietèrei panta ta rêmata*) en su corazón” (Lc 2,51). Pero en torno a la madre meditativa y que conserva sus recuerdos en un corazón que se asombra pero que también busca encontrar una explicación unitaria, tenemos también otros que hacen lo mismo.

Por ejemplo: cuando *Zacarías* vuelve a hablar para dar el nombre de *Juan* a su hijo, los vecinos tienen un sentimiento de sorpresa y de temor, ante todo lo que se conversaba, “todos los que las oían (*ta rêmata*) las grababan en el corazón” (Lc 1,66). Los pastores antes de ir a Belén discuten para ver si vale la pena levantarse “ para ver aquella palabra-acontecimiento (*to rëma*) que ha sucedido” (Lc 2,15) y después hablarán a todos de lo (*tou rëmatos*) que han visto y oído” (Lc 2,20). También tenemos el *asombro* de Isabel (Lc 1,41-45) al recibir la visita de la Madre del Señor, que se presenta prácticamente como la nueva arca santa recorriendo los caminos montañosos para venir a compartir con su prima la alegría de una maternidad extraordinaria de la cual ambas se han beneficiado.

Después, el asombro de los parientes de Isabel y de Zacarías, cuando nace el hijo: “y se congratulaban con ella” (*synèkairon autè*) (Lc 1,58). Así mismo, todos los que escuchaban a los pastores contar sus experiencias tan fuera de lo común, se maravillaban y asombraban: “se asombraron de las cosas que los pastores decían” (Lc 2,18). Y una vez más, en el templo, de frente a la alabanza de Simeón, madre y padre “estaban maravillados (*thaumàzontes*) de lo que se decía de él” (Lc 2,33).

Esto en cuanto se refiere al nacimiento y a los días sucesivos. Pero en María se dice que meditaba con un corazón vigilante incluso después del episodio del hallazgo en el templo. También aquí tenemos el asombro y la maravilla (*existanto*: se puede traducir por *estupefacción*) de los maestros del Templo (Cf. Lc 2,47). Pero también se anota que los padres: “no comprendieron la respuesta (*to rëma*) que les dio” (Lc 2,50). Y en seguida, que “ su madre conservaba todas las palabras-acontecimientos (*panta ta rêmata*) en su corazón” (Lc 2,51).

Quisiera comentar esta actitud colectiva de asombros y de reflexiones, de incomprensiones y de conservar en el corazón. No es sólo de María, como habíamos escuchado, sino de muchos. Y esto indica ya una cosa importante: era la santa habitud hebraica de colocar en el depósito del corazón y vigilar con cuidado y admiración lo que acontecía. Porque todos los acontecimientos eran a la vez palabras y hechos, sucesos objetivos y signos misteriosos a meditar para encontrar su conexión, en un cuadro que explique el significado y la finalidad. María no hace otra cosa que vivir haciendo el esfuerzo de comprender, pero

acompañado de asombro, de sorpresa y de un sentimiento de temor y de admiración.

Porque ésta es la manera bíblica de acoger la Palabra y de conservarla en el corazón. Con el asombro generado por la sensación de la propia fragilidad y cotidianidad, que viene atravesada por signos de Dios que se avecinan, que se hacen visibles y audibles, pero que permanecen más allá; esto obliga a meditar en el corazón, a dialogar para comprender, a reflexionar para no evadirse de conexiones y de reverberaciones inesperadas. Es todo el pueblo de humildes el que medita y se interroga, está envuelto en el asombro y conserva en el corazón, *ta rêmata*, para que nada desaparezca, sino que estas cosas dejen una sensación duradera, lleguen a ser un descubrimiento abierto a nuevos horizontes.

En esta actitud de María veo, ciertamente, a la virgen-madre que no pasa superficialmente sobre las cosas, sino que como la compañera y heredera de la mayor tradición hebraica, se asombra y sorprende, medita y recuerda, conserva y gusta, para extraer de ahí significados verdaderos e inspiraciones de vida. Ésta es la vida según la Palabra y el Espíritu. Una *stabilitas mentis* que se familiariza con los acontecimientos, memoriza los hechos y busca los vínculos que hacen de ellos un proyecto, un tejido, un evento completo y unitario. Una *stabilitas cordis* que se transforma en única preocupación, única armonía de amor y de deseo, de valores y de esperas; éste es el verdadero corazón del israelita, todo impregnado de la reverberación de los *remata*.

Pero hay otra *stabilitas* sobre la cual quisiera detenerme: es la *stabilitas corporis*. Ésta completa las otras mencionadas anteriormente, y adquiere una fecundidad extraordinaria durante los tres decenios de la presencia de Jesús en Nazaret. Quizá habíamos muchas veces pasado por alto el valor teológico de este largo periodo vivido en Nazaret, por José, María y Jesús. Las frases sobre Jesús que crecía en estatura, edad y gracia, y el ánimo meditativo de María, son todo lo que nos queda en la mente y Lucas nos lo ha hecho saber.

Demasiado poco, pero ayuda a no caer en la sensación de que quizá estos años han sido casi perdidos para la redención. ¿Por qué esta larga, silenciosa, cotidiana, anónima existencia del Redentor, cuando el mundo entero esperaba el cumplimiento de las promesas, y la difusión universal de la luz de las Gentes?

5. En la cotidianidad de Nazaret : la Palabra echa sus raíces

De la vida de la sagrada Familia en Nazaret hasta el momento del comienzo de la vida pública de Jesús adulto, hacia los treinta años, sabemos muy poco; lo que sabemos es que todos conocían la actividad del padre (*carpintero/tèktonos*, título atribuido también a Jesús: Cf. Mt 4,55; Mc 6,3), pero nada en particular parece distinguir a la madre; ella participaba en la religiosidad de todos, yendo en peregrinación, en caravana, a Jerusalén, cada

año, con los parientes y conocidos. Respecto a Jesús, Lucas únicamente hace alusión, dos veces, a su crecimiento. Al regreso de la presentación en el templo para el rescate y la purificación de María, se dice: “El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él” (Lc 2,40). A los doce años, cuando comenzaba a ser sujeto a la ley (Cf. Lc 2,42), participa en la peregrinación a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Y después toma la iniciativa imprevisible de permanecer en Jerusalén sin advertir a sus padres, hasta el punto de preocuparlos cuando se dieron cuenta de que no estaba en la caravana. Y después de que lo encontraron y le manifestaron su angustia, como sabemos: “Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivió sujeto a ellos... Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2,51-52).

Aquí quisiera reflexionar con vosotros sobre este largo periodo de tres décadas, de las cuales no sabemos casi nada, pero podemos suponer mucho, aunque sin creer las maravillas de los apócrifos. Son años cuyo valor teológico redentor no es menor que el de los últimos tres años, los públicos. Sobre todo, son años sustanciosos puesto que se trata de acoger la Palabra como María.

Pensamos fácilmente que esta acogida se verifica sobretudo en la parte inicial (episodios de la infancia) y después en la parte de la vida pública de Jesús. En la parte inicial no son demasiadas, en realidad, las palabras de María; quizá unas treinta en total, excluyendo el *Magníficat*. Ciertamente en la vida pública abundan las palabras santas pronunciadas por Jesús –sólo son 9 las palabras de María (en Caná: Jn 2,3-5)–, pero no son la única manera de hablar de Jesús, ni la única circunstancia para escuchar y acoger la Palabra de Dios, como si el Verbo fuera Palabra de redención y de salvación sólo cuando actúa y habla en público. Por eso, Nazaret sería como un *paréntesis*, un pasaje en espera, una referencia para más adelante, mucho más allá. Aquí quisiera proponer un discurso nuevo.

Creo que debemos revalorar este largo periodo en la perspectiva del título de nuestro discurso; ciertamente es el tiempo en que María medita y conserva, con corazón reflexivo, lo que ha visto y oído y que no llega a comprender del todo (Cf. Lc 2,50). Ella es como la tierra buena en la cual ha caído la semilla de la Palabra, y en la perseverancia da fruto, que debe germinar en quien tiene el corazón noble y obediente (Cf. Lc 8,15).

Pero quisiera dejar atrás esta visión convencional, casi romántica. En el transcurso de estos treinta años, María no se distingue en nada de las otras mujeres de Nazaret, y tampoco Jesús tiene actitudes que pueden hacer pensar a sus compatriotas que hay en él algo de extraordinario. Esto se comprende bien cuando se maravillan por la sabiduría y la fuerza que él manifiesta aquel famoso sábado en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-30). Y entonces, ¿en dónde iba a acabar esta acogida? y esta fructificación de la Palabra, ¿en qué consistiría?

María había sido llamada a ser madre de la Palabra de Dios; en su seno, de manera única e irrepetible, misteriosa y sorprendente había engendrado a Jesús, “aquél que salvará al pueblo de sus pecados” (Mt 1,21); lo había introducido, sin que pudiera darse cuenta, en las grandes tradiciones hebraicas: la imposición del nombre, la circuncisión, el ofrecimiento como primogénito en el templo, en varios ritos hebraicos.

Con él, según la narración de Mateo (Cf. Mt 2,13-23), ella había vivido también el paradigma del éxodo antiguo hacia Egipto y el regreso de Egipto. Junto con él, ciertamente, había vivido la práctica cotidiana hebraica de las diferentes modalidades de oración, pues cada familia debía preocuparse de enseñar a los hijos esta compleja ritualidad cotidiana. Lo había introducido en el tiempo oportuno, o sea a los doce años, a ser “hijo de la ley” (*bar mizpat*), con las obligaciones adjuntas, como la de la peregrinación.

6. ¿De dónde la sabiduría y la gracia en lo cotidiano?

Me pregunto, esa *sabiduría* y esa *gracia* en las cuales se repite que *crecía*, ¿de dónde le podían venir? Y ¿de cuál sabiduría y gracia se trataba en realidad? No podemos pensar que son cualidades como “infusas” del cielo, y a las cuales María permanecía extraña. Por el contrario, en esta alusión veloz, que siempre interpretamos en el sentido “cristológico”, quiero ver una observación “mariana”. Lo que aprendió Jesús de la tradición, de la sabiduría popular, de las Escrituras, de las promesas de Dios y de las esperanzas populares, lo podemos obtener de lo que hace y dice en la vida pública. No hay necesidad de dar muchas explicaciones sobre este punto, cada uno sabe tantas cosas.

Pero, ¿quién le había transmitido esta *sabiduría* y esta *gracia* delante de Dios y de los hombres? *Talis Mater, talis Filius*. Esas largas y pausadas décadas fueron una lenta escuela de escucha y de obediencia a la gran tradición, con todas sus exigencias y matices; una escuela recíproca entre Madre e Hijo, para transmitir o para repensar, para interpretar y permanecer capaces de libertad y de flexibilidad. Para encontrar, sobretudo, un rostro nuevo del Dios de los Padres; la maternidad excepcional de María había esculpido también en él, su concepción de la imagen de Dios. El canto del *Magnificat* conserva toda la sustancia, pero también en todas las parábolas, el lenguaje, los gestos y las opciones del Hijo se ve que la imagen del *Padre* es la misericordia y la ternura, y no la ley rígida de la observancia sacralizada, de las amenazas destructoras. A través del lenguaje del Hijo conocemos el de la madre; en sus gestos, en su estilo, encontramos a la madre. Siempre es así.

En la oscuridad y en el silencio, en la vida cotidiana más común, en las relaciones normales típicas de cada pueblo, se ha modelado la personalidad de hombre maduro de Jesús, en conformidad con lo que los padres le han sabido

transmitir, le han enseñado viviendo, han celebrado juntos, con todos. Este “crecimiento interior” silencioso de la masa humana de Jesús, la vida sin diferencias, las relaciones y los humores, las discriminaciones sociales y los deberes religiosos –los de Nazaret eran considerados una pésima gente, incluso la misma Galilea era vista con desprecio por la mezcla de la población– no es tiempo perdido, sino fecundidad de la palabra según el Espíritu, tiempo de redención en el sentido denso y original. La cohabitación fraterna de Jesús en Nazaret podría parecer un simple pasaje (aunque muy largo) hacia la plena revelación del Hijo de Dios en toda su fuerza. Pero por el contrario debemos ver ahí la más auténtica irradiación de la presencia de Dios entre nosotros: activa, escondida, fraterna, religiosa, pasta humana de nuestra pasta humana.

Es sobre este punto que quiero ahora detenerme un poco.

7. Jesús en Nazaret es el Hijo eterno, es presencia cotidiana y salvífica

Esta vez me dejó también inspirar por una lectura que hice². Al analizar la experiencia de Charles de Foucauld, tan radical en la opción por Jesús de Nazaret, el teólogo Pierangelo Squeri escribe: “Jesús de Nazaret no es la ‘parte humana’ de la encarnación. Jesús de Nazaret ‘es’ la encarnación del Hijo unigénito. Jesús ‘es’ el Hijo. Y recíprocamente: Jesús de Nazaret es el único Hijo eterno, del único Dios. Jesús de Nazaret no es ‘el efecto humano’ de la encarnación del Hijo de Dios, sino que es precisamente ‘la efectividad humana’ de su filiación divina. El Hijo no asume y no habita el hombre, ni el Hijo pasa por lo humano para cumplir su misión redentora y no toma descanso una vez terminada su misión. Jesús de Nazaret es para siempre el Hijo de Dios. Aquel mismo Jesús que nació de María y vivió un largo anonimato, a fin de que el don fuera perfecto, precisamente un *don*”³.

En la teología y en la espiritualidad se ha introducido una fractura extraña entre Jesús de Nazaret y el Hijo de Dios, como si Jesús –especialmente en su vida oculta en Nazaret– fuera sólo un pasaje, un trámite para llegar al Hijo, y no fuese en verdad el Hijo mismo que habita entre nosotros, el dador de la vida, el intérprete de la Escritura. En consonancia con Charles de Foucauld, el teólogo Squeri invita a integrar a “Jesús en Nazaret” en el horizonte de una cristología integral “Jesús de Nazaret”. Él dice: “Jesús en Nazaret es Jesús de Nazaret, en la realidad, en el sacramento de su pura presencia salvífica en medio de los hombres”⁴. De ahí se deriva que la obra de la encarnación es irradiación fraterna de la presencia salvífica, la pura presencia del Señor es razón final, y no solamente condición previa. La realidad teológica del ser y del actuar salvífico de Jesús, el Hijo, no puede ser reducida a su fase de predicación pública, de los milagros y de la muerte en cruz.

La misma experiencia de la Iglesia está también en este punto de vista nuevo: como el “compartir radical de los lugares oscuros de la existencia por el *carácter persuasivo del amor de Dios*”⁵. Con el gran teólogo francés Christoph Theobald podemos llamarla: *santità ospitale*, una *forma ecclesiae* en la cual la dignidad de la persona humana llega a ser el contenido del anuncio de la realidad del reino, aunque esté privada de palabras (Cf. RH 12). El anuncio del reino de los cielos “que ya está en medio de nosotros”, encuentra su verdad en la experiencia salvífica (y no sólo en la experiencia de residencia) en Nazaret, y también el paradigma que quizá la Iglesia debería mirar un poco más para ser una fraternidad auténtica dispersa entre la gente (Cf. 1P 5,9).

A la luz de esta afirmación teológica, podemos ahora volver a encontrar también la gran importancia de María, y hablar de ella como aquélla que escucha y vive la Palabra; que vive con la Palabra, crece con la Palabra *salvífica* del Hijo que está a su lado y es presencia salvífica, a la vez que permanece anónimo, fraterno, ordinario como todo el mundo. Ésta es la “peregrinación de fe” de María. Y es ahí donde Jesús madura, al mismo tiempo que ella y todos sus vecinos, en fidelidad plena al proyecto del Padre de “estar en medio del pueblo”, de considerarse el “Dios del pueblo” y de hacer del pueblo “su familia”.

¿Qué sucedería si la nueva evangelización tratara también de recuperar con tenacidad, con palabras y obras, el “largo momento-Nazaret de la Encarnación de Dios entre los hombres, a fin de que la *divina* proporción de la misión del Hijo recobre su integridad?”⁶. Esta *forma evangélica* de la memoria del Hijo en Nazaret por tan largo tiempo, en la cotidianidad tan radical y la compañía de vida y de lenguaje, de sentimientos y de experiencias, la ha vivido también María, y ha sido maestra y discípula.

El obispo Torino Bello canta la vida ordinaria como taller de salvación: “Santa María, mujer ordinaria, líbranos de las nostalgias de la epopeya y enséñanos a considerar la vida cotidiana como el solar donde se construye la historia de la salvación”⁷.

Y Santa Teresa del Niño Jesús amaba mucho la sencillez de María de Nazaret, cuyas virtudes más simples eran, ciertamente, las más vividas y enraizadas. Algunos meses antes de morir escribe en su última poesía titulada: *Porque te amo, oh María*:

“ Sé que en Nazaret, Madre plena de gracia,
vives pobremente, no queriendo nada más;
ni arrobamientos, ni milagros, ni éxtasis,
embellecen tu vida, ¡oh Reina de los elegidos!

El número de los pequeños es grande sobre la tierra

Ellos pueden sin temblar levantar hacia ti los ojos.

Es por el camino ordinario, Madre incomparable,

que te gusta caminar para guiarlos al cielo”⁸.

- ¹ Me lo ha sugerido la lectura de un comentario del P. Innocenzo Gargano : I. GARGANO, *Maria e la Parola. Una esperienza di lectio divina*, Paoline, Milano 2003.
- ² Me refiero en particular a los dos sabios de P.A. SEQUERI : *La Cristología « vivida » de Charles de Foucauld* en AA.VV., *Charles de Foucauld. L'eloquenza di una vita secondo l'evangelo*, Qiqajon, Bose 2003, 77-94 ; y *Epilogo : Ripartire da Nazaret ? Appunti su Charles de Foucauld e la nuova evangelizzazione*, en el mismo libro, 149-174.
- ³ P.A. SEQUERI, *La cristologia « vissuta »*, cit. 80s.
- ⁴ *Ibidem*, 84.
- ⁵ IDEM, *Epilogo*, cit. 159.
- ⁶ IDEM, *La cristologia « vissuta »*, cit. 88.
- ⁷ A. BELLO, *Maria, donna dei nostri giorni*, Milano 1993, 13.
- ⁸ TERESA DI G.B., *Opere complete*, Libreria Editrice Vaticana – Edizioni OCD, Roma 1997, 725.